

Examen de conciencia

JOSE ANTONIO ABELLA

IMAGINO que el reciente suicidio de Pierre Bérégovoy habrá propiciado que más de un comentarista político haya hecho examen de conciencia. Desde mi modesta posición de espectador provinciano de la vida pública, creo que la libertad de expresión de los profesionales de la comunicación no puede diferir de la de los ciudadanos en general, y que ambas sólo pueden estar *legalmente* limitadas por la veracidad de los contenidos expresados en sus manifestaciones. Para velar por esta limitación está el Código Penal. Y punto. Querer definir el marco ético de una información o de un artículo de opinión es entrar en el terreno de la conciencia individual, donde toda intrusión de las leyes se desliza peligrosamente hacia el totalitarismo moral e intelectual, del que en este país ya hemos tenido sobrada experiencia.

Dicho lo dicho, sin embargo, creo que no estaría de más que cada uno de quienes nos dedicamos a este oficio, y cada medio de expresión en particular, debería definir —para sí mismo— el código ético de su quehacer profesional. Suele decirse, y yo acepto ese axioma, que en literatura importa más el *cómo* que el *qué*; pero

en ese género literario que es el periodismo, las cosas no me parecen tan claras y entiendo que el *cómo* y el *qué* deberían, como mínimo, ir a la par. Entre estos carriles del estilo y el contenido, deseablemente paralelos, viaja en ocasiones un tren oscuro y no siempre visible que es el de la intención. Y no me parece que a este tren debería subirse un periodismo que aspire a llegar al destino de la imparcialidad. Para ejemplificarlo con palabras claras: entre la *mala leche* y la *mala fe* hay una diferencia notable; la primera es una cuestión de estilo, que puede ser saludable aunque resulte dolorosa, y la segunda es un asunto de intención, que siempre es insalubre aunque llene de gozo a no pocos espíritus enfermos; la primera expresa el cabreo de quien con ella se desahoga y, la segunda, las ganas de hacer daño a quien con ella se trata de ahogar.

Nada me resulta más odioso que una mentira escondida entre dos verdades y de nadie deseo estar más lejos que de quienes colocan en su recipiente de veneno la etiqueta de un frasco de jarabe. El que me puedan confundir con individuos de tal calaña me aterroriza. Me aterroriza que un pensamiento crítico, expresado desde la honestidad, pueda ser confundido

con una conciencia ruin que se expresa por medio de la crítica. Me aterroriza el que una actitud ponderada y constructiva, o que al menos intenta serlo, vaya en el mismo saco que una postura que sólo sopesa la carga destructiva de sus palabras. El que una palabra buscada con verdadero esfuerzo para que sea justa, aunque resulte hiriente, vaya en la misma lista que la que sólo busca ser hiriente, sin que importe demasiado su justicia. Que la palabra respetuosa, aunque parezca condescendiente, tenga que entrar en liza con el insulto fácil, aunque éste arrastre sonrisas y aplausos. Que la palabra elegante, aunque sea mordaz, pueda ser confundida con la grosería ingeniosa. Entre la crítica como reflexión de la realidad y la crítica como murmuración y maledicencia, hay la misma distancia que entre la manzanilla y la cicuta, por mucho que ambas crezcan al borde de los mismos caminos. Cuando en la misma cazuela se guisan champiñones y amanitas, es fácil que alguien resulte intoxicado. También es fácil que el trabajo del intoxicador se confunda con el del crítico, aunque esta confusión sea especialmente peligrosa. Como también es más fácil, reconozcámoslo, hacer una buena crítica que una buena

obra. Y mucho más fácil, criticar por criticar, sobre todo para los buscadores de pajas en los ojos ajenos. Quienes reciben la sopaboba de su inactividad asalariada, no suelen ser objeto de críticas tendenciosas. Pero ocurre que en la diligencia ajena suele verse reflejada la pereza propia, y eso ya no se perdona. Alguien me dijo, hace ya muchos años, que casi todo el mundo es capaz de disculpar los fracasos del vecino, pero casi nadie, sus éxitos. Como quedó escrito en una excelente *Elipse* de ese mismo periódico, sólo quien se sienta aludido en estas palabras, debe darse por aludido en ellas.

«Sed prudentes como palomas y astutos como serpientes», dice el Evangelio. Desde la sabiduría de este consejo, vuelvo a expresar mi prevención hacia quienes encubren bajo la sonrisa cínica de su mala leche la mueca amarga de su mala fe. Y muy especialmente mi prevención, que es la de todos aquellos profesionales de la comunicación que no tienen más amo que el rigor de sus informaciones, hacia quienes utilizan el foro abierto de las rotativas para vestir con papel de periódico la poca elegancia de su estilo, la dudosa riqueza de su contenido, y el abundante plumero de sus intenciones.